

# A modo de respuestas

JESÚS AGUADO

Los poemas de Vikram Babu  
Hiperión, Madrid, 2000.  
106 páginas. 1.100 pesetas.

**D**AR un paso fuera de los discursos de poder es el compromiso ético por excelencia —escribió Jesús Aguado en cierta ocasión, al hilo de las jornadas de poesía *Raíz de 30* que se celebraron en la Casa de Cultura Revilla de Valladolid en 1995— (¿para cuándo, otra vez, aquellos polifacéticos y aprovechables encuentros?) Es el paso que hace poroso todo decir y se transmuta en posibilidad de callar o de dar palabra a otros. Porque la poesía no es un lugar, es el tránsito que descubre fisuras y verdades desde la ductilidad no condescendiente. El poro que aparece en lo que ya se sabe para que las dudas sean atributo de más certezas. Pero saber no es prepotencia, sino todo lo contrario, es sentirse humilde para dar paso a lo que nos incomoda, atrapados en un mundo ocioso donde la mayoría de la gente de este privilegiado «primer mundo» no es dichosa. Todo esto para decir que este poemario de Jesús Aguado (Madrid, 1961) forma un eslabón en la cadena de su obra poética concebida como un poliedro de miradas siempre demasiado humanas. Desde su primer libro, *Primeros poemas de un naufragio* (1984), cada obra ha sido concebida como materia única, sin la pretensión de que alguno de ellos creara

o estuviera incluido en escuela alguna. Poeta iconoclasta y poco amigo de tradiciones castizas, su mirada se ha prolongado más allá de los horizontes de la cultura occidental.

Su admiración por la India es evidente —autor de una antología de *Poesía devocional de la India* (1998) además de largas estancias en dicho país—. Vikram Babu es el *alter ego* de Jesús Aguado. Un poeta del siglo XVII que nunca salió de un pueblo a orillas del Ganges, perteneciente a una casta humilde de cesteros que desde muy pronto contestaba las innumerables preguntas que le hacían debido a su fama de hombre ecuaníme y devoto. Las composiciones poéticas que utilizaba consistían en una comparación y luego una pregunta. Dardos inteligentes y muchas veces irónicos planteamientos que nunca son resueltos sino con la propia deducción del caso expuesto mediante la pregunta final.

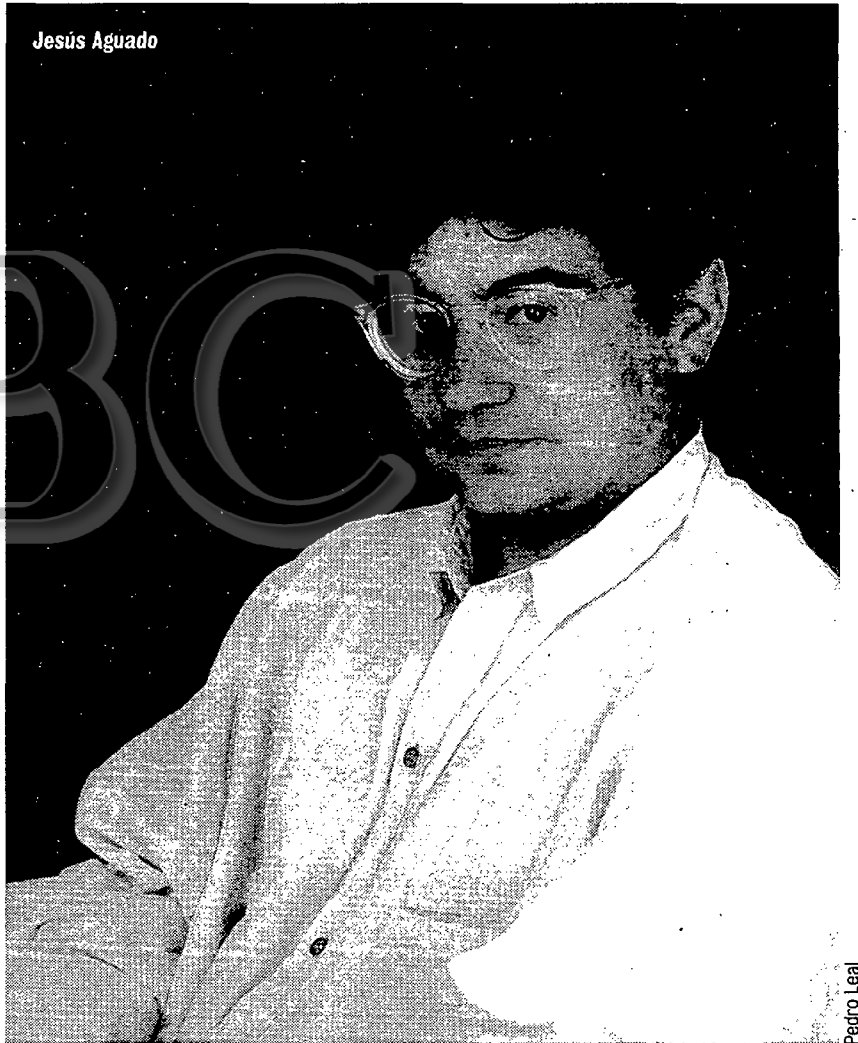
En unas composiciones nos plantea los límites de nuestra existencia: «Como cajas vacías / apiladas las unas encima de las otras / en frágil equilibrio. / Vikram Babu pregunta: / ¿eres así?», y en otros el concepto del yo cae por los suelos: «Como el que se emborracha con su yo / y, perdido el sentido / después de muchos tragos, / a todo lo llama yo, / a una serpiente, al polvo, a sus sandalias [...]» El avisado autor sabe que las verdades no son dictados de maestro alguno y hasta él mismo se ridiculiza como tal. Lo interesante de estas breves y hermosas composiciones radica sobre todo en el juego a que somete al lector.

En una colección de poemas nadie espera aprender un poco de sí mismo y sin embargo cada pregunta penetra como un ligero escalofrío en la conciencia. No es fácil realizar este ejercicio sin caer en la pedantería o en la vacuidad más absoluta. Algunos autores se atreven con los *haikus* a intentar emocionarnos sin lograr más que una abundante profusión de imágenes que de puro artificiosas nos hacen sonreír y bajar la cabeza. Vikram Babu nos invita a respondernos a nosotros mismos, y no con pretensiones moralistas, él se opone a la rigidez de los preceptos religiosos y de los análisis filosóficos y está a favor de la vibración de la vida, en contra de la abstracción, y de la sencillez de una imagen, porque sabe que la vida es breve y en el acontecer diario radica

su esencia: «Como el que hierve leche para un chai / y, al quedarse dormido, / desperdicia la leche, que le sale, / y desperdicia el fuego, que se apaga / en el horno de barro y en el horno / donde se cuecen ya sus vidas posteriores / Vikram Babu pregunta: ¿estás atento?» Las ilustraciones que acompañan a cada poema, elegidas para el asunto que trata, son simples y bellas. Nada es desmesurado ni grandilocuente. El yo no es más que un juego de posibles personajes y de situaciones que en algún momento a todos nos afectan: «Como hormigas en fila: / un yo que se disgrega / necesita encontrar un agujero, / una envoltura, / un nombre, / eso que tan ufanos llamamos mundo».

Concha García

Jesús Aguado



Pedro Leal

## En desprendida fuga

JESÚS AGUADO

La gorda y otros poemas  
(Antología)

Prólogo de Álvaro García.  
Ayuntamiento de Lucena (Córdoba).  
Lucena, 2000.  
57 páginas. 1.000 pesetas.

**P**ARA quien se acerque por primera vez a la poesía de Jesús Aguado (Madrid, 1961) a través de esta sucinta pero sustanciosa y bien armada antología, la lectura de *La gorda y otros poemas* constituirá, además de una sorpresa, el reconocimiento de una de las voces más personales de la poesía española de los últimos años. A quien ya sepa de su buen hacer, este pequeño y hermoso libro le servirá para confirmar la calidad, frescura y coherencia de sus propuestas, esa manera tan suya de desafiar y provocar al lector cuando se acerca a las certidumbres y complejidades de un mundo que, tanto a él como a nosotros, nos habita y recorre.

Más allá del irónico rigor, de su variedad de registros, de la expresividad que preside y gobierna su discurso poético, podremos transitar y descubrir los trazos esenciales que desde sus inicios han otorgado temperamento y sentido a su escritura. El poema «La gorda» no sólo da título a esta antología sino que, como inteligentemente confirma Álvaro García en esa «lectura activa» que a modo de prólogo abre puntos de luz en la obra de Jesús Aguado, se sitúa casi en el mismo centro del libro, es el fiel de una balanza que recoge y sopesa los muchos abismos a los que se abre su poética, una puerta que, con entrega y constancia, hay que cruzar para «descubrir / el otro lado de las cosas».

De todos los «amores imposibles» que señalan sus versos, el poema «La gorda», como ese otro que dedicado a una elegante e inexistente Tess cierra esta antología, viene a representar no la sustancia del amor, no tan sólo, sino su más certera y física realidad, su apego material al mundo: es la pulpa que rodea al fruto. Tocado por la gracia del humor y por el tinte corrector

de la ironía, muestra así su más abrupta y cegadora inflación. Como ese humano que en «Las termitas» habita una casa devorada por seres capaces de «devolverle al hombre su vacío», se acaba siendo «un ser privilegiado, alguien que puede sostener un peso / siete veces mayor que el de sus ojos», cuando sabemos de la liviana gravedad del desposeído.

Ese encuentro providencial y espiritual con la realidad, el sentido circular de sus poemas y de toda su escritura, proviene de una elocuente y definitiva distancia entre el poeta y las cosas, puesto «que una cierta distancia es necesaria / para crear el mundo a cada instante. Sin esta certidumbre,

¿cómo escribir? / ¿Para qué ser si no se asume esta tarea?» No hay engaños, únicamente el amparo del poema, su peculiar ritmo interior, su claridad narrativa. Esta certera antología consigue articular, con poemas ya conocidos y otros inéditos, «una súbita iluminación» que retumba entre los radios de las ruedas de un carro cargado de sueños y homenajes, de amores y de naufragios. Una desprendida fuga que deja livianas pero evidentes huellas, y no detrás, sino delante de nosotros. Como en los poemas de Vikram Babu, cabe sólo entregarse a sus preguntas.

Antonio Ortega